

**SÓLO POR
GRACIA**

Sólo por Gracia
Ray Galea

© 2009 Torrentes de Vida
Primera edición: 2009

Torrentes de Vida
Correo electrónico: info@editorialtv.org
Página web: www.editorialtv.org

Esta obra fue publicada originalmente en inglés con el título:
Nothing in my Hand I Bring por Matthias Media.
© 2007 Matthias Media

Matthias Media
Correo electrónico: info@matthiasmedia.com.au
Página Web: www.matthiasmedia.com.au

Matthias Media (EE.UU.)
Correo electrónico: sales@matthiasmedia.com
Página Web: www.matthiasmedia.com

Traducción: Anabella Rivas Rendel
Edición: Elsa Galán de Poceros para *pica6*
Composición tipográfica y diseño: Lankshear Design Pty Ltda.

ISBN: 978-0-9806293-0-9

Todos los derechos reservados. Con excepción de lo permitido en la Ley de
Derechos de Autor, no se permite la reproducción parcial ni total de esta
publicación, por ningún medio ni de ninguna forma,
sin previa autorización de la casa editorial.

Las citas bíblicas son tomadas de la NUEVA BIBLIA DE LOS HISPANOS.
Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.
Usadas con permiso. www.NBLH.org

SÓLO POR GRACIA

La diferencia entre *HAZLO*
y *YA ESTÁ HECHO*

Ray Galea

TORRENTES DE VIDA

CONTENIDO

Capítulo 1	Mi formación católica	9
Capítulo 2	¿Cuál catolicismo?	21
Capítulo 3	Cristo y la misa.....	29
Capítulo 4	La Biblia y la Iglesia.....	47
Capítulo 5	El camino de salvación	59
Capítulo 6	Sólo por gracia.....	73
Capítulo 7	María	85
Capítulo 8	¡Consumado es!	97
Apéndice	105
Notas	115

Para mi querida esposa, Sandy,
y mis tres pacientes hijos,
James, Amy y Madeleine.



Mi mayor agradecimiento a Tony Payne, quien hizo posible que se escribiera este libro; a mis padres, Tom y Rita, por su amor ilimitado; y al Ministerio Bíblico Multicultural de St. Alban, cuyo apoyo me permitió escribir este libro.

Capítulo 1

Mi formación católica

El día escolar había llegado a su fin y esperábamos nuestros autobuses afuera de la entrada principal de la Escuela Primaria de St. Aidan. Le pregunté a mi amigo, Charlie Gauci: "¿Qué dirección toma el autobús para llevarte a tu casa?".

"Se dirige por esta calle y luego vira a la derecha, donde está esa iglesia que no es católica", me respondió.

Creo que esa fue la primera vez que me di cuenta de que existían iglesias que no eran católicas. Tenía ocho años de edad y jamás me habría imaginado que treinta años después terminaría siendo el pastor de esa iglesia situada al final de la calle, que no era católica.

Crecí en un hogar Católico Romano devoto, de origen maltés australiano, lo que significaba que íbamos a misa tres veces a la semana; domingo, viernes por la noche y para la novena del martes. Si eras maltés, eras católico. Sin importar cuán cansados pudieran sentirse mis padres al finalizar la semana en la granja, o a cuántos primos -que eran muchos- iríamos a visitar el domingo, siempre asistíamos a misa; disciplina que desde entonces he aprendido a valorar.

A lo largo de mi juventud, mi madre me enseñó que Dios era personal, sin utilizar lecciones formales, sino a través de todo lo que ella decía y hacía. Siempre en sus labios había algo que decir

acerca de Dios, dejando una perdurable y profunda impresión en mí. Es probable que esa fuera una de las razones por las que nunca dudé de la existencia de Dios.

Es extraño, pero no recuerdo que alguna vez hayamos elevado una oración personal o improvisada como familia; sin embargo, mi madre diligentemente nos hacía decir el rosario cada noche, sin que mi padre ofreciera resistencia, a pesar de que a menudo se quedaba sentado en el sillón, con la cabeza recostada hacia atrás, roncando, luego de un duro día de trabajo, mientras nosotros nos reíamos tontamente al repetir: "Santa María, madre de Dios, llena eres de gracia...".

La mayoría de mis recuerdos de cuando crecía como católicorromano son positivos. El sacerdote de nuestra parroquia, el Padre Morreau, era tan querido por todos en la comunidad, incluso por los anglicanos, que le pusieron su nombre al parque local. Fui su monaguillo durante ocho años, y recuerdo la paciencia con la que respondía a mis preguntas: "Si el Papa muriera mientras está de visita en Australia, ¿lo sepultarían en Australia, o enviarían su cuerpo de regreso a Roma?" O: "¿Puede un niño ser Papa?"

Está claro que mis ambiciones no eran modestas.

Fui un niño católico y, luego, como adolescente católico, viví la época del Concilio Vaticano II, en el que se introdujeron importantes reformas. Por ejemplo, no recuerdo que la misa se dijera en latín, tal como se había estado haciendo por más de mil años (mi hermano sí se acuerda). Durante la misa se comenzó a leer más la Biblia, y hubo una fuerte presión para que la homilía o sermón estuviera vinculada con las lecturas bíblicas. Se hicieron intentos para que la misa fuera más comprensible y para que constituyera una expresión de comunión, tal como lo demuestra la introducción de la "señal o beso de la paz" que nos dábamos mutuamente (y que no a todos agradaba). Se comenzó a hablar

mucho del ecumenismo, o unión con otras denominaciones, aunque mis padres nunca mostraron ningún prejuicio hacia los que no practicaban el catolicismo. Mi padre juzgaba a las personas por su carácter, no por su credo.

El cambio que más me impactó en esa época fue el que se produjo en la imagen pública de Dios. El Dios severo que enjuiciaba y mostraba su ira, pasó a ser más un Dios de amor y de paz. Esta variación se produjo casi al mismo tiempo que el cambio que sufrió la dirección de mi escuela primaria, la cual pasó de ser manejada por las Hermanas de St. Joseph, con sus pesados e intimidantes hábitos color café, a la administración de las Franciscanas Misioneras de María, con sus ligeros velos blancos.

Recuerdo que durante la preparación para mi primera Sagrada Comunión, me hablaron de las llamas del purgatorio las que, sin ser eternas, se parecían mucho a las del propio infierno. Pero con el paso del tiempo, el Dios que era difícil de complacer fue siendo reemplazado por el Dios que era rápido para perdonar. Este cambio fue plasmado, unos años después, mediante una serie de anuncios de televisión realizados por la Iglesia Católica, en los cuales, usando una melodía pegajosa, se hacía la siguiente pregunta: "Cuando vayas al cielo, ¿qué crees que te dirá Él?". La respuesta era "¡Bienvenido!", siendo que antes nos habrían amenazado con un "¡Sal de aquí!". Después del Concilio Vaticano II, parecía que la salvación era para todos, no sólo para los católicos.

Recuerdo con toda claridad como, en el segundo año de clases, una maravillosa y bondadosa monja norteamericana me enseñó la doctrina de la Trinidad, a la vez que me aseguró que Australia jamás ganaría la Copa América (N. de la T.: La Copa América es un campeonato de vela en el que tradicionalmente ganaban los norteamericanos, hasta que fueron derrotados por Australia). Al menos no se equivocó con la Trinidad. Todas nuestras oraciones

comenzaban con la señal de la cruz, como una auto-bendición, y las conocidas palabras, "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". La Trinidad, que fue revelada en la Biblia y esclarecida en el Credo Niceno del siglo IV, confesaba que Jesús era "Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado". Desde entonces me di cuenta de que pude haber sido un católico del siglo IV.

Incluso ahora, mi manera de orar está influenciada por algunas de las plegarias que se encuentran en la primera sección de la misa, llamada "la liturgia de la Palabra". Una de mis favoritas es "Gloria in Excelsis", del siglo IV:

Porque sólo tú eres santo, sólo tú, Señor, sólo tú, Altísimo
Jesucristo, con el Espíritu Santo y en la Gloria de Dios Padre.
Amén.

¡No podría ser mejor!

Guardo muy bellos recuerdos de mi formación católica. A ella le debo las bases que tengo y mi profunda convicción respecto a varios temas éticos, tal como la protección a los no nacidos.

Reconozco que no todos los católicos comparten los mismos bellos recuerdos. Algunos tuvieron que soportar a una que otra monja cruel que les golpeó los nudillos con una regla por escribir con la mano izquierda; o peor aún, a algún maestro o sacerdote que abusó sexualmente de los más vulnerables, destruyendo sus vidas. Con el paso del tiempo, se hizo evidente que la Iglesia Católica Romana no sería la única en cargar con esta culpa.

Pero, en mi caso, no tengo historias de este tipo. Mis padres eran fieles devotos, el sacerdote de mi parroquia era un hombre sincero, y en general, las monjas que me enseñaron eran muy buenas con nosotros. En verdad, el nuestro era un hogar católico

lleno de amor, y nuestra comunidad era una comunidad católica solidaria.

Aun así, al ir creciendo me empecé a dar cuenta de que ser católico tenía más que ver con la pertenencia que con la fe. Para muchos católicos romanos, el ir a misa, que hasta el día de hoy sigue siendo una actividad obligatoria, no parecía ser una obligación. Simplemente, no asistían a ella. De hecho, a algunos les era cómodo escribir "católico romano" en los formularios del censo; sin embargo, abiertamente declaraban que ni siquiera creían en Dios.

Por ser criado como católico, pensaba que la mayoría de los australianos pertenecían a esta misma comunidad, pues en mi calidad de católico maltés, tenía un montón de parientes que compartían la misma fe. Además asistí a la escuela primaria y secundaria en un colegio católico, donde podría decirse, todos eran católicos. Apenas hasta hace unos quince años me di cuenta, con estupefacción, que sólo una cuarta parte de la población se identificaba como católica, y que la gran mayoría de ellos no era para nada devoto.

Como resultado, me sentía parte de lo que yo pensaba era la mayoría, lo cual me hacía sentir seguro y confiado. También me parecía que los edificios de las iglesias católicas eran más grandes y que tenían mucho más feligreses.

Hasta los últimos años de mi adolescencia, no vi ninguna diferencia entre los protestantes, los ortodoxos y los Testigos de Jehová. A mi parecer era casi seguro que, si no eras católico, entonces formabas parte de una secta que correspondía a los Testigos de Jehová (quienes, cabe destacar, tienen mucho éxito entre los católicos). Me encantaba la manera en que mi madre, quien nunca dio pie atrás, podía dejar callado con sus argumentos a cualquier miembro del Salón del Reino que tocara a nuestra puerta.

Al mirar atrás, me doy cuenta de que una de las cosas más extrañas de mi crianza católica era mi actitud hacia Jesús. Incluso cuando oraba el "Gloria in Excelsis", con su elevado concepto de Jesús como supremo y único Señor, no sentía que Jesús tuviera total autoridad sobre mi vida, ni reconocía su preponderancia en la vida cristiana.

Tal vez tuvo que ver en ello el hecho que, en mi cultura, de continuo se hablara de Jesús como "el niño" (*il bambin*), además de las muchas estatuas en la que se representaba al niño Dios en los brazos de María. Sin lugar a dudas, yo reverenciaba a Jesús como un modelo de obediencia fiel y sacrificada, y como el mejor maestro de todos, pero no se me habría ocurrido describirlo como el centro de mi espiritualidad. Y al igual que muchos católicos, las personas que le daban demasiada importancia a Jesús, o que decían ser sus amigos en términos personales, me causaban desconfianza. A mi parecer, no eran más que fanáticos de Jesús y de la Biblia, y había que evitarlos a toda costa. Me sentía mucho más cómodo escuchando hablar de María en términos así de personales.

Como muchos jóvenes, mis últimos años de adolescencia fueron una época en la que cualquier relación con Dios debería conformarse a mis condiciones. De algún modo me las arreglaba para hacer que Dios estuviera de acuerdo con casi todas las cosas que yo hacía. Era un Dios de lo más complaciente, o al menos eso pensaba yo.

Mientras estudiaba trabajo social en la Universidad de Sydney, conocí a Anne, quien provenía de un hogar en el que no se creía en Dios. Para mi sorpresa, comenzó a convertirse en uno de esos "fanáticos de Jesús". Primero comenzó a leer la Biblia en su habitación, y luego decidió entregarle su vida a Jesús. No me tomó mucho tiempo darme cuenta de que ella tenía algo que yo no tenía. Además de creer en Dios, el Jesús vivo era muy real en su vida.

Un día Anne, desafiándome, me planteó lo siguiente: "Ray", me dijo, "Si Jesús no es el Señor de todas las cosas, entonces es un mentiroso o un loco. ¿Quién crees que es? Tienes que tomar una decisión." Pudo haber dicho más, pero no fue necesario. Inmediatamente me di cuenta de lo que esto significaba; reconocí que Jesús no era mi Señor y que, por lo tanto, estaba en problemas. Pero como no estaba preparado para cambiar mi estilo de vida por nadie, hice lo que muchos harían en tales circunstancias: relegué todo esto a segundo plano, e intenté no pensar en ello.

Mi estrategia funcionó, al menos por un tiempo. Un año después, en noviembre de 1980, me encontraba viviendo en el barrio playero de Bondi, en una casa llena de viajeros neozelandeses. Temprano una mañana, caminaba cerca de la descarga del alcantarillado en Dover Heights, cuando nuevamente me puse a pensar en que, si el cristianismo era verdadero y Jesús realmente era el Señor y el Hijo de Dios, entonces estaba en un tremendo problema, porque estaba ignorando a la persona más importante del universo. También me di cuenta de que, a pesar de mi educación católica y de toda la enseñanza e instrucción que había recibido, nunca había analizado por mí mismo y con seriedad las afirmaciones de Cristo.

Lo bueno fue que en ese momento recordé algo más de mi juventud católica romana. Me vino a la mente cuando se leía la Biblia en la misa, y las palabras de Jesús que decían: «Pidan, y Dios les dará; busquen, y encontrarán...». Me di cuenta de que estaba ante una promesa que decía que, si de verdad buscaba a Jesús, no me sentiría decepcionado. Así es que hice un pacto con Dios basado en esta promesa. Prometí leer la Biblia, dejándole a él la tarea de convencerme, si era verdad; además tuve el atrevimiento de pedirle si podía hacerlo en tres semanas. Porque no me veía a

mí mismo embarcándome en una búsqueda por la iluminación que me tomara toda la vida. La paciencia nunca fue una de mis virtudes.

Comencé buscando en la Biblia por dos razones. Cuando estudiaba historia en la universidad, aprendí que si deseas llegar al fondo de algo, tienes que recurrir a los documentos originales. No basta con leer lo que otras personas escribieron después al respecto, sino que hay que remitirse a lo que en realidad se dijo e hizo. Hay que examinar las fuentes más cercanas al momento en que ocurrió el hecho y, evidentemente, tales fuentes eran los libros del Nuevo Testamento. En segundo lugar, llegué a la conclusión de que, aunque existían diferencias entre las denominaciones cristianas, todas ellas concordaban en que la Biblia era la Palabra de Dios.

Entonces leí los Evangelios. En esta ocasión, por primera vez como un adulto. Y mientras lo hacía, mi única interrogante era: "¿Es Jesús el Hijo eterno de Dios?". Si lo era, estaba dispuesto a entregarle mi vida. Si no lo era, podía quedarme tranquilo, pues de verdad había examinado la evidencia existente.

El hecho de leer los Evangelios de este modo por primera vez, fue una profunda experiencia. Ya conocía muchas de las historias allí relatadas, a cada momento me encontraba con trozos, citas e incidentes que para mí eran familiares, pero lo que me era completamente nuevo y desconocido, era la imagen que surgía de Jesús al avanzar en mi lectura. Tengo que decir que sencillamente me enamoré del Jesús que conocí en los Evangelios. Todo en Él sonaba a verdad, tanto lo que decía como lo que hacía. Este era Jesús, Hijo de Dios, en toda su gloria, y yo no podía negarlo.

Varias semanas después, me encontraba en el Hotel Bondi con dos de mis amigos, Peter y Vince, ambos católicos. Como ellos sabían que había estado leyendo la Biblia, estaban un tanto preocupados de que me convirtiera en uno de esos "cristianos

fanáticos de la Biblia". Intentaron disuadirme mencionando todos los cambios que tendría que hacer si quería convertirme en cristiano. Como todos nosotros pecábamos en las mismas áreas, sabían muy bien la clase de cosas que yo solía hacer, y aquello que tendría que modificar si decidía seguir a Jesús.

Después de un recorrido mental de veinte minutos por todo lo que me era necesario cambiar, las opciones eran muy claras. Me di cuenta de que podía seguir viviendo a mi manera, y seguir haciendo todas las cosas que acostumbraba hacer durante los siguientes sesenta años, alejándome para siempre de Dios. O podía entregarle mi vida a Jesús como mi Señor, comenzar de cero, gozar del perdón ahora y de la aceptación en el día postrero. Al final, lo entendí. Y en ese mismo momento les dije a Vince y a Peter: "Amigos, acaban de convencerme, soy cristiano". Ese fue un cambio decisivo en mi vida, pero no sería el único.

La primera decisión que tomé fue confesar a Jesús como mi Señor. La segunda, fue comenzar a vivir con Él como mi Señor; es decir, dejar de hacer aquello que lo afligía y comenzar a hacer cosas que lo honraban y que eran de su agrado. En ese momento, mis amigos comprensiblemente pensaron que estaba pasando por una etapa que en algún momento acabaría, pero en mi boca sentía el sabor de la verdad. Esa verdad era una persona... el Señor Jesús.

Si Jesús iba a ser mi Señor y Salvador, tenía que analizar a qué iglesia asistiría. No quería que se diera como un hecho que, sólo porque había nacido siendo católico, esa era por definición la elección correcta. Tenía en claro que igualmente podría haber nacido siendo bautista o mormón. Así es que me pasé los siguientes seis meses leyendo y conversando con sacerdotes y pastores para averiguar las diferencias que existían entre los católicos y los protestantes. ¿En qué se asemejaban o diferenciaban las enseñanzas de ambos con las enseñanzas de Jesús y de los apóstoles?

Para mi sorpresa y mi pesar, poco a poco, de mala gana, y con mucho dolor, fui descubriendo que cada enseñanza "característica" de la Iglesia Católica Romana parecía menoscabar la persona y la obra del Señor Jesús. Llegó un momento en que me di cuenta de que las diferencias no eran superficiales, y que mi conciencia no me permitía seguir siendo católico romano. Sentí que ya no podía seguir siendo parte de la Iglesia Católica y, al mismo tiempo, serle fiel al Señor Jesús.

Una cosa fue comunicarles a mis amigos esta decisión, y otra muy distinta fue decírselo a mis padres, a quienes amaba profundamente. A mi madre no le importaba que yo asistiera a una iglesia protestante, con tal de que siguiera asistiendo a misa. Pero para ella, el hecho de que yo rechazara el catolicismo debe haber sido como un rechazo personal a su fe, a su calidad de madre y a su comunidad. Significaba rechazar todo lo que ella consideraba valioso y, sobre todo, negar lo que para ella era el camino de salvación.

Recuerdo haberla visto llorar todos los días, durante casi dos años, a causa de mi decisión. Ver el impacto que esto provocó en mi madre, fue más duro que haber dejado cualquiera de mis pecados. Sólo me quedaba aferrarme a las palabras de Jesús: «El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí» (Mat 10:37).



Hoy en día se ha vuelto común menospreciar la búsqueda de la verdad. "¿Qué es la verdad, después de todo?", dice la gente, "es algo totalmente subjetivo". Sin embargo, es chistoso ver cuán apasionados nos volvemos con respecto a la verdad cuando nos

malinterpretan o citan erróneamente nuestras palabras. O cuando nos mienten y nos engañan, ya sea la dependiente de una tienda o el gobierno.

La verdad sí importa, y la verdad respecto a Jesús es la que más importa de todas. Pide y se te dará, dice Jesús. Busca y encontrarás. Cuando me puse a buscar la verdad, la encontré en la propia persona de Jesucristo; y esta verdad, con el tiempo, me condujo a entender que las diferencias entre los católicos y los protestantes eran inmensas y significativas. Me llevó a la inevitable decisión de abandonar la Iglesia en la cual con tanto gusto me había criado.

Mientras escribo esto, otra vez me inundan los sentimientos de dolor por haber herido a miembros de mi familia, revivo la sensación de haber traicionado a mi cultura y a mi comunidad, junto con las acusaciones de arrogancia ("¿Qué te hace pensar que sabes más que el Papa!?").

Pero, a fin de cuentas, cuando uno se convence de que algo es verdad, la integridad lo hace permanecer fiel a tales convicciones. Recuerdo que, siendo adolescente, hubo dos películas que me inspiraron; trataban de dos hombres que se ciñeron a sus convicciones, a pesar de haber sido objeto de enormes presiones. Una de ellas fue *Serpico*, con Al Pacino en el papel de un policía honrado que pertenecía a un cuerpo de policía corrupto en Nueva York y que mantuvo su integridad. Irónicamente, la otra película fue "*Un hombre de dos reinos*", en la cual se muestra a Tomás Moro enfrentándose al Rey Enrique VIII, cuando éste rechaza a la Iglesia Católica Romana para poder divorciarse.

Ambos eran hombres de convicciones. La verdad era importante para ellos, al igual que la integridad, y estuvieron dispuestos a pagar el precio por sus convicciones.

Sin importar cuáles sean tus puntos de vista como lector de este libro, ruego a Dios que busques la verdad acerca de Jesús y,

cuando la encuentres –tal como Dios promete que sucederá si buscas de verdad– entonces podrás asirte a ella y sujetarla con todas tus fuerzas. Pues, por muy difícil que resulte ser la búsqueda, y por más dolorosas que puedan ser a veces las consecuencias, cuando encuentres la verdad, tal como dijo Jesús, ésta te hará libre.

Capítulo 2

¿Cuál Catolicismo?

Recientemente, la revista italiana *L'Espresso* llevó a cabo un interesante experimento¹: envió periodistas a 24 iglesias católicas en toda Italia los que, en el confesionario, intentaron conseguir de los sacerdotes locales su opinión sobre variados difíciles dilemas éticos. El resultado mostró la existencia de una gran brecha entre las enseñanzas de la Iglesia y el consejo proporcionado por los sacerdotes católicos romanos.

En Nápoles, uno de los periodistas preguntó si era pecado desconectar el respirador que mantenía con vida a su padre. Desafiando la enseñanza católica sobre la eutanasia, el sacerdote le respondió: "Si yo tuviera un padre, una esposa o un hijo que se hubiera mantenido con vida por varios años sólo por medios artificiales, lo desconectaría".

Otro periodista se hizo pasar por un científico que tenía que decidir si debía aceptar o no un trabajo en el extranjero investigando células madre embrionarias. El sacerdote le dio su aprobación.

Otro sacerdote, a pesar de la enseñanza oficial de la Iglesia sobre la conducta homosexual, le dijo en Roma a un hombre abiertamente gay que, "por lo general, lo mejor es ser tú mismo o, como dicen en español, 'salir del closet'".

Hubo un sólo tema, el aborto, en el cual todos los sacerdotes sostuvieron la postura de la doctrina oficial de la Iglesia.²

El experimento de *L'Espresso* subraya una importante pregunta que debemos hacernos antes de explorar las diferencias entre el catolicismo y el protestantismo. La pregunta es: "¿De cuál catolicismo estamos hablando?". A simple vista, el catolicismo romano puede parecer una fe monocromática, en la cual todos los católicos creen las mismas doctrinas fundamentales autorizadas por el Magisterio de la Iglesia de Roma. Esta imagen de ser una sola cosa se ve reforzada por el hecho de que, sin importar el país al que vayamos, la misa es esencialmente la misma. Al compararla con los cultos de las Iglesias Protestantes, que varían enormemente en estilo y teología, la Iglesia Católica termina siendo una especie de McDonald's espiritual: la marca es la misma en todas partes, y sabes de antemano lo que vas a recibir.

Sin embargo, basta con que hables con dos católicos, incluso con dos sacerdotes católicos, para descubrir que ambos pueden tener diferentes puntos de vista sobre el catolicismo y sus enseñanzas. En la actualidad, lo que el catolicismo y el protestantismo sí tienen en común es que ambos contienen un amplio espectro de creencias y actitudes, tanto a nivel del clero como de los laicos.

Dentro del catolicismo, el extremo ultra-conservador o tradicionalista de este espectro rechaza algunos o todos los cambios introducidos por el Concilio Vaticano II. El actor Mel Gibson es un conocido representante de este movimiento, el cual busca retomar las medidas adoptadas por el Concilio de Trento y que la misa vuelva a celebrarse sólo en latín.³ Algunos partidarios de este movimiento sostienen que la salvación sólo se encuentra dentro del catolicismo.⁴ Otros niegan la legitimidad de los últimos cuatro papas. En su mayoría, los tradicionalistas se encuentran dentro de la Iglesia Católica, aunque en algunos casos han abandonado la Iglesia (o han sido expulsados), para dirigir iglesias, seminarios, escuelas y órdenes monásticas independientes.

Por el contrario, la corriente dominante del catolicismo, en esencia, acoge con agrado los cambios introducidos por el Concilio Vaticano II, sin rechazar ninguna de las creencias católicas fundamentales. Existe un respeto generalizado por la autoridad de la jerarquía eclesiástica, al igual que un igualmente fuerte deseo de que el espíritu reformador del Segundo Concilio continúe. Algunos de estos esperados cambios incluyen reformas ministeriales, tales como la ordenación de mujeres y de sacerdotes casados; reformas éticas, como la aceptación de los métodos anticonceptivos artificiales, y reformas teológicas que permitan una mayor participación de los laicos en la vida de la Iglesia. Probablemente, la mayoría de los católicos practicantes apoyan esta postura. Bautizan a sus hijos en una Iglesia Católica, los envían a escuelas católicas, se casan ante un sacerdote católico y asisten regularmente (o semi-regularmente) a misa. Son "buenos católicos", pero muchos no tienen ningún inconveniente en ignorar la enseñanza de la Iglesia respecto a ciertos temas en particular, tales como los métodos artificiales de anticoncepción.

Dentro de la corriente dominante del catolicismo establecido, hay varios sub-movimientos o énfasis; así, por ejemplo, probablemente existen más de 100 millones de católicos carismáticos ansiosos de que se produzca una renovación en la Iglesia, a través de los dones y el ministerio del Espíritu Santo.⁵ Este movimiento está vinculado con la tradición mística, que a menudo ha sido popular en el catolicismo, con héroes tales como Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Lisieux.

Existe otra corriente particularmente apasionada en su devoción a María y en el rezo del rosario. Para otras, la justicia social y la ayuda a los pobres es prioritaria, tal como se ve reflejado

en la Sociedad San Vicente de Paul, o en la extraordinaria vida de la Madre Teresa de Calcuta.

Una expresión más radical de esta corriente orientada hacia la justicia social es la "Teología de la Liberación", la cual enseña que la redención política y la liberación tanto de la pobreza como de la desigualdad son parte esencial del verdadero evangelio. El énfasis tiende a recaer en el pecado corporativo o social, más que en el pecado personal. Se ha sabido de más de un sacerdote que les ha entregado armas a los guerrilleros en Sudamérica.

Con la teología de la liberación, la Iglesia se está acercando al extremo radical o disidente del espectro católico. En este mismo extremo, nos encontramos con un movimiento que va en aumento y que se muestra muy escéptico respecto a muchos aspectos de la Biblia y del cristianismo tradicional. El "Liberalismo", como se le suele llamar, constituye hoy en día una característica prominente, tanto del pensamiento protestante como del católico. Los liberales tienden a negar el aspecto sobrenatural del cristianismo, cuestionando ciertos hechos milagrosos como el nacimiento virginal y la resurrección corporal de Cristo. Recuerdo que un visitante en mi iglesia se escandalizó por el hecho de que, durante mi prédica basada en el libro de Éxodo, yo considerara a este libro como un documento histórico. Su profesora en la universidad católica local donde estudiaba, y quien era monja, lo había convencido de que el Antiguo Testamento era un mito.

Por supuesto, el extremo liberal del espectro católico, a menudo está en conflicto con la jerarquía de Roma, especialmente durante el período de los dos últimos papas.

He descubierto que ésta es una de las áreas en las que el catolicismo y el protestantismo se asemejan. Existe un amplio espectro de creencias y costumbres, y muchas diferentes agrupaciones con distintos énfasis.

Sin embargo, hay un aspecto del catolicismo que, hasta donde sé, no se ve reflejado en muchos protestantes, y que no tiene nada que ver con facciones, movimientos o posiciones dentro de un espectro. El catolicismo tiene que ver tanto con el *pertenecer* como con el *creer*, y a veces predomina más el primer aspecto que el segundo. Se nace siendo católico y, como solían decirme, "el que nace católico, muere siendo católico". Dentro de muchas culturas, el ser católico no es tanto una decisión personal como un valor familiar compartido. Simplemente es lo que uno es. En algunos casos, hay mucho desconocimiento de las doctrinas católicas, incluso de las más fundamentales, pero nadie considera que sea un gran problema. Para muchos católicos, el catolicismo está más relacionado con sus orígenes que con lo que creen. Por lo mismo, abandonar o rechazar el catolicismo equivale a rechazar a su familia o a la cultura en la que viven. Esto se aplica particularmente en los casos en que el catolicismo es la religión oficial del país. Los que se van a vivir fuera de su patria, a menudo ansían aferrarse a su cultura y a la religión que dejaron atrás.

También hay que recordar que, al igual que en muchas denominaciones, dentro de la Iglesia Católica existe un alto nivel de nominalismo; es decir, de personas que se identifican a sí mismas como católicas, y que no se imaginan pertenecer a ninguna otra Iglesia, pero que casi nunca asisten a misa (si es que lo hacen), y que tienen un gran desconocimiento de las enseñanzas católicas.

Para la mayoría de los católicos, lo que es real es el catolicismo del pueblo, el que no está determinado por la iglesia nacional, o la diócesis o sacerdote local, sino por la subcultura y la familia en la cual uno nació.



Entonces, ¿en cuál catolicismo estoy pensando al escribir este libro?

En lo medular, es importante entender y tratar con la enseñanza oficial y autorizada de la Iglesia Católica Romana, la cual es normativa y obligatoria para todos los católicos. Aun cuando existe una gran variedad de puntos de vista entre los católicos del mundo con respecto a todo tipo de asuntos, las enseñanzas de la propia Iglesia siguen siendo bien claras. Esas son las enseñanzas que se espera que uno adopte cuando quiere convertirse en católico y, de hecho, son las enseñanzas con las que tuve que lidiar al momento de decidir a conciencia si podía continuar siendo miembro de la Iglesia Católica o no.

La mayoría de los capítulos que vienen a continuación se encargan de examinar la esencia de las diferencias doctrinales entre la enseñanza católica romana (de acuerdo a lo formulado en el Concilio de Trento y en los concilios Vaticanos I y II) y las doctrinas del protestantismo histórico. A partir de la Reforma del siglo XVI, los protestantes siempre han "protestado" que ciertos aspectos importantes del Catolicismo Romano son incompatibles con lo que dice la Biblia.

Siendo un joven católico que había entregado su vida a Cristo, y que deseaba seguirle totalmente, me preguntaba si los protestantes estaban en lo correcto o no. Gran parte de lo que leerán a continuación constituye un resumen de mi investigación a este respecto.

También es necesario señalar que, al comparar el protestantismo con el catolicismo, no pensaba en ninguna denominación protestante en particular, como los anglicanos, bautistas o presbiterianos, como si fuera un joven futbolista intentando decidir en qué club jugar. Cada una de estas denominaciones protestantes tiene sus propias características y

énfasis, como también sus propias flaquezas y defectos humanos. Y, al igual que en el catolicismo, *dentro de* cada una de ellas existe una amplia gama de creencias y costumbres. Para efectos de este libro, utilizo el término 'protestante' para referirme a las personas con aquellas convicciones que muchos cristianos creyentes en la Biblia han sostenido desde la época de la Reforma, es decir, que las doctrinas propias del catolicismo tienen serias fallas.

No contamos con el tiempo ni el espacio suficientes para analizar la historia de la Reforma, pero podemos resumirla diciendo simplemente que, hace más de 450 años, en Europa, un gran número de obispos, sacerdotes, monjas, hombres y mujeres comunes decidieron que la Iglesia Católica se había desviado demasiado de las enseñanzas de la Biblia. Se dieron cuenta de que, con el paso de los siglos, habían surgido enseñanzas y tradiciones católicas que destruían lo que Cristo había logrado. En Alemania, a uno de estos grupos se le llamó "protestante", pues protestaba contra ciertos aspectos de la enseñanza católica y, así, este título pronto pasó a aplicarse a todo el movimiento. Incapaces de reformar a la Iglesia Católica y, en la mayoría de los casos, siendo expulsados de la misma, los protestantes abandonaron el catolicismo para formar sus propias iglesias y denominaciones. Muchas de las denominaciones protestantes que existen hoy en día provienen de este movimiento reformador generado en diferentes países europeos: la Iglesia Presbiteriana en Escocia, la Iglesia Luterana en Alemania, la Iglesia Anglicana en Inglaterra, etc. Sin importar cuales eran las diferencias entre ellas, todas estaban unidas por cuatro verdades doctrinales expresadas en cuatro consignas: sólo Cristo, sólo la Biblia, sólo la fe y sólo la gracia.

Por el contrario, es necesario reconocer que para muchos católicos comunes y corrientes, estos temas doctrinales no tienen mayor importancia. El ser católico, para la mayoría de ellos, está

más vinculado con pertenecer a una comunidad, una cultura, una historia, una familia.

Si tú, lector, eres protestante, no des por sentado que tu vecino y amigo católico ha escuchado alguna vez de estas cosas, y mucho menos que para él tengan alguna importancia o que posea alguna opinión informada al respecto. Lo más probable es que no tenga muy claro cuáles son las enseñanzas oficiales de la Iglesia con respecto a María, la Biblia o los sacramentos.

Del mismo modo, si eres católico, puede que te sorprenda descubrir (como me ocurrió a mí) qué es lo que tu Iglesia realmente enseña, y cómo se compara con la norma que resuelve y decide todo lo que respecta a la fe: la Biblia.